

LOS GATITOS

Hernán Arias

Palabras de Villa María

Ministerio de Educación de la Nación
Secretaría de Educación
Plan Nacional de Lectura 2010
Pizzurno 935. (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires
Tel: (011) 4129-1075/1127
Consultas: planlectura@me.gov.ar - www.planlectura.educ.ar
República Argentina, 2010
Diseño de tapa y colección: Plan Nacional de Lectura 2010
Colección: Palabras de Villa María

Universidad Nacional de Villa María, Córdoba
AUTORIDADES
Rector: Abog. Martín Rodrigo Gill
Vicerrector: Cra. María Cecilia Ana Conci
Secretaría de Extensión: Mgter. Omar Barberis
Secretaría de Comunicación: Lic. Santiago Druetta
Secretaría de Bienestar: Abog. Luis Negretti
Director Editorial: Mgter. Carlos Gazzera
Carlos Pellegrini 211 P.A. - (5900) Villa María, Córdoba - (54) (353) 453-9145
www.unvm.edu.ar
e-mail eduvim@unvm.edu.ar

Fotografía de Portada: © Pablo García

Eduvim agradece a Pablo García la fotografía utilizada en la portada de este libro, de uso exclusivo para esta colección.

Arias, Hernán
Los gatitos. - 1a ed. - Villa María : Eduvim, 2010.
12 p. ; 20x14 cm. - (Programa de fomento de la lectura en adultos con autores cordobeses 2009-2010; 6)
ISBN 978-987-1518-90-6
1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863
Fecha de catalogación: 03/12/2009

Estos textos fueron seleccionados por la Universidad Nacional de Villa María y la Editorial Universitaria Villa María.

LOS GATITOS

HERNÁN ARIAS

Entro y la música de la campana y el olor a colonia y alcohol y el piso de mosaicos frescos recién lavado y la luz partida en cientos en miles de pedazos de luz en los espejos. La cara de Genaro como la cara de Genaro: fofa y blanca brillosa como las tijeras y los cromados de los espejos. Pero esta vez Genaro no está donde está siempre sentado cerca del ventanal leyendo el diario con un ojo y mirando para la vereda con el otro mientras Cecilia le corta el pelo a alguna de sus clientas. Entro y los olores y la luz y Genaro a punto de empezar a cortarle el pelo a una mujer que parece que es la madre de Silvio porque tiene el mismo vestido que siempre tiene puesto la madre de Silvio cuando voy a la casa o cuando la encontramos con mi mamá en el mercado o en la panadería. Un vestido azul con flores muy largo y sin mangas igual a todos los vestidos que usan las mujeres gordas porque como dice mi hermano les da vergüenza ser gordas y se ponen esos vestidos largos para taparse sin entender que las hacen más gordas. Por eso me doy cuenta de que es la madre de Silvio la que está sentada en el sillón con don Genaro parado un poco más atrás con su cara fofa y brillosa y la cabeza toda blanca porque ya no le queda ni un solo pelo. Entro y los olores y la luz y Cecilia que no está por ninguna parte ni sentada ni parada en ninguna parte y por más que miro y la busco por toda la peluquería no la encuentro.Veo nada más los ojos grandes y negros de la madre de Silvio abriéndose en el espejo y la cara fofa y brillosa de don Genaro que se da vuelta para mirarme con sus ojos finitos.Veo nada más los ojos de la madre de Silvio y la boca de la madre de Silvio abriéndose también en el espejo y los dientes de la boca de la madre de Silvio y la lengua de la boca de la madre de Silvio que se mueve y me habla y la escucho como si estuviera en la televisión porque la voz que sale de su boca es distinta en el espejo. ¿Cómo te va María?, me dice. ¿Venís a cortarte el pelo? La voz de la madre de Silvio que me pregunta cómo estoy y si vengo a cortarme el pelo hace que por un momento deje de buscar a Cecilia y le diga que estoy bien pero que no vengo a cortarme el pelo sino que estoy buscando a Cecilia porque necesito hablar con ella. Busco a Cecilia le digo y veo que los ojos de la madre de Silvio dejan de mirarme y se

mueven despacio en el espejo como dos gotas de tinta negra subiendo despacio hasta encontrar en el espejo la cara fofa y brillosa de don Genaro que justo en ese momento cierra de un golpe seco la tijera y abre la boca justo también en el mismo momento como si lo hubiera estado practicando para hacerlo justo cuando yo preguntara por Cecilia y la madre de Silvio subiera despacio los ojos por el espejo. Cecilia no vino a trabajar dice don Genaro con una voz ronca como la voz de alguien que recién se despierta y habla por primera vez y llena la boca de aire y mueve la lengua por primera vez y no se le entiende del todo lo que dice. No vino a trabajar esa chinita dice don Genaro y justo cuando termina de decir esa chinita abre y cierra la tijera otra vez con un golpe seco. Así que debe estar en su casa, dice. Debe estar acomodando y limpiando el desastre que le dejó el Quiroguita ese dice y da un paso hacia la madre de Silvio que está sentada quieta en el sillón esperando que empiece a cortarle el pelo. Pero antes don Genaro se da vuelta y me mira y me dice que si quiero hablar con Cecilia voy a tener que ir a buscarla a su casa porque ese día y el día anterior a ese día no fue a trabajar por culpa del Quiroguita ese. Eso me dice don Genaro un segundo antes de subir el brazo que también es fofo y blanco en su guardapolvo blanco de peluquero y darle otro tijeretazo al pelo de la madre de Silvio. Yo le dije dice don Genaro que no se metiera con ese pobre diablo que más que problemas no le iba a traer porque yo a esa gente la conozco desde que puso un pie en este pueblo la vi llegar cuando vino el tren y contrataban más y más empleados para levantar el ferrocarril y los galpones del ferrocarril y vinieron y se quedaron y nunca más se fueron. Yo que los conozco tuve que callarme para no discutir el día que vino y me dijo que se quería ir a vivir con el Quiroguita ese porque lo quería y hasta habían averiguado para alquilar la casita de los Marengo. Me tuve que callar dice don Genaro y da otro tijeretazo y veo que un mechón del pelo de la madre de Silvio se desprende y cae al suelo. Usted sabe dice ahora don Genaro cambiando la voz un poco más tranquilo al hablarle por el espejo a la madre de Silvio cómo son las chicas a esa edad dice y da otro tijeretazo en el pelo de la madre de Silvio que le devuelve una mirada en el espejo y espera hasta que don Genaro haya cortado para mover la cabeza y asentir. Son así dice la madre de Silvio y mueve la boca y la lengua adentro de la boca para decir son así no saben escu-

char para ellos es como si una quisiera hacerles algún daño y no entienden que es por su propio bien que se los aconseja para que no les pase nada malo pero no entienden. Yo por suerte dice la madre de Silvio sólo tuve que criar varones que si no no sé lo que hubiera hecho con mi marido que es tan estricto y más todavía mucho más todavía imagínese un poco si hubiera tenido que criar una hija mujer. Don Genaro –que dio varios tijeretazos en el pelo de la madre de Silvio mientras la madre de Silvio hablaba– camina dos pasos hasta el espejo y busca otro peine con dientes más largos y más gruesos antes de hablar. Lo que pasa es que estos mocosos ya no saben lo que es el respeto dice don Genaro y la madre de Silvio la cabeza de la madre de Silvio asiente antes de que don Genaro vuelva a cerrar de un golpe seco la tijera. Yo dice don Genaro a su edad no sabía lo que era contestarle a un mayor y hace un gesto hacia mí como si ese comentario lo hubiera hecho para mí y pasa una o dos veces el peine por la cabeza de la madre de Silvio antes de seguir. Cuando el adulto habla el chico se calla decía mi finado padre dice don Genaro y tenía razón. Pero eso se perdió y se perdió para siempre como se perdió el respeto. Cuando yo era chico vivíamos en el campo y hablar con un mayor era algo que pasaba muy de vez en cuando porque en ese tiempo los hombres comían en el comedor y las mujeres comían en la cocina y los chicos comíamos en la galería fuera otoño invierno o primavera y todos vivíamos más felices y más tranquilos. Había respeto porque había educación y las mujeres respetaban a sus maridos y los hijos de las mujeres respetaban a sus madres y a los maridos de sus madres porque a respetar era lo primero que uno aprendía. Ahora fíjese a lo que hemos llegado que ya ni siquiera esta chinita que podría ser mi propia nieta me presta atención. Mientras habla don Genaro da un tijeretazo y después otro en el pelo de la madre de Silvio que ahora abre la boca y mueve la lengua adentro de la boca para decir que ella siempre pensó que era nada más que un capricho de adolescente el que tenía Cecilia con el Quiroguita ese pero que nunca se imaginó que fuera a llegar a convivir con él porque todos en el pueblo saben y supieron siempre con qué clase de gente se estaba metiendo. Es de los que vinieron con el tren dice don Genaro y usted y yo y María también –cuando dice mi nombre se da vuelta y sus ojos finitos se quedan viéndome– sabemos cómo vive esa gente. Viven como animales dice don Genaro amontonados en

el ferrocarril ahora que nada de todo eso funciona y usan los galpones como depósitos de lo que roban para vender. Porque este pueblo dice don Genaro y mira la cara de la madre de Silvio en el espejo ya no es lo que alguna vez fue y usted lo sabe tan bien como yo y la madre de Silvio asiente moviendo despacio de arriba para abajo la cabeza. Yo me acuerdo dice don Genaro cuando en este pueblo uno se podía ir a dormir la siesta con la puerta abierta y estaba tranquilo. Yo me acuerdo de haber dejado durante más de quince años la bicicleta en la plaza cuando era empleado en esta peluquería y venía a trabajar del campo sin traba ni candado y nunca jamás me la tocó nadie ni tuve ningún problema. Yo me acuerdo de que en este pueblo cuando una mujer se olvidaba el monedero en el almacén el cliente que llegaba después la alcanzaba corriendo para devolvérselo. Pero todo eso ya no es así dice don Genaro porque el pueblo creció con esta gente y más de esta gente que llegó para trabajar unos meses y se quedó para siempre. Ahora dice don Genaro cuando uno sale a la calle tiene que cerrar con traba las puertas y las ventanas así salga por un minuto porque al menor descuido entran y le roban lo poco que uno tiene. Yo crecí a dos leguas de este pueblo y me acuerdo de que la gente se levantaba antes de que saliera el sol y se ponía a trabajar en la tierra o con la hacienda sin protestar hasta que oscurecía. No había domingos ni feriados ni tiempo libre más que el suficiente para ir a misa las mujeres y los hombres a ver el partido o al bar a despejarse un poco y a la mañana siguiente todo volvía a su lugar como debe ser. Trabajo y más trabajo hizo de la gente que fundó este pueblo gente honesta dice don Genaro pero a medida que pasó el tiempo eso se fue perdiendo porque fue llegando gente nueva y se cambiaron las costumbres. Por eso ya nada es como debiera ser y para colmo de males uno ni siquiera puede protestar tranquilo porque enseguida aparece alguno como el pobre diablo de mi nieto que lo tilda de fascista. ¡Fascista! Dice don Genaro levantando de golpe la voz y su cara deja de ser blanca y brillosa y se le pone toda colorada como si tuviera mucho calor. ¡Fascista! Dice don Genaro y la madre de Silvio sube rápido los ojos en el espejo para verlo porque don Genaro vuelve a decir ¡Fascista! Y deja de cortarle el pelo y da un paso atrás buscando espacio como si estuviera hablando para mucha gente y no sólo para la madre de Silvio y para mí que lo veo moverse y enrojecer. Ese pobre diablo de

mi nieto no pierde ocasión para decirme lo que soy: ¡Fascista! Dice don Genaro y hace un ademán con la mano en la que tiene el peine y frunce la boca como si esa palabra no tuviera importancia o no significara nada y fuera solo el sonido que se oye al pronunciarla. Parece que eso es todo lo que aprendió en la universidad dice don Genaro y baja la voz y sonríe porque su propia ocurrencia le da gracia pero no es una sonrisa feliz aunque su cara haya vuelto a ser blanca y brillosa. Lleva casi diez años en la gran ciudad y todo lo que aprendió a decir es la palabra fascista aunque mal pronunciada. Porque hay que escucharlo decir fascista a ese pobre badulaque que leyó dos libros y se cree que inventó la pólvora dice don Genaro y la mira a la madre de Silvio la cara de la madre de Silvio que le devuelve una mueca en el espejo y después me mira a mí da vuelta la cabeza y veo su cara fofa y brillosa y me pregunta si yo conozco al badulaque de su nieto ese inútil dice don Genaro que se fue a estudiar a la gran ciudad hace casi diez años y todavía vive del bolsillo de su padre. Yo le digo que sí que lo conozco pero que nunca fui su amiga porque me lleva varios años pero que en una época iba a mi casa porque era amigo de Juan y pasaba el día con él sobre todo en las vacaciones cuando iban al club a la pileta y después a la noche salían al bar y algunas veces Juan me dejaba acompañarlos. Badulaque dice don Genaro y hace una seña con la mano antes de volver a cortarle el pelo a la madre de Silvio que lo mira quieta en el espejo se hubiera quedado acá como se quedó Juancito dice don Genaro hubiera ganado plata. Pero eso es culpa del padre que no le supo hacer entender que lo mejor para alguien como él hubiera sido no moverse del pueblo dice don Genaro que acá tenía trabajo y comida y alguna chinita de esas que andan siempre buscando muchachos tarde o temprano iba a terminar con él y una vez casado y con trabajo se compraba un techo en los barrios nuevos y se terminaban los problemas. No le supo hacer entender que para un badulaque como él lo mejor es quedarse donde está porque más grande es la ciudad más se le nota que es un pobre diablo y no puede progresar aunque vaya a la universidad y aprenda alguna que otra palabra nueva. ¡Fascista! Dice don Genaro por ejemplo que es la palabra que más usa cuando viene al pueblo cada tanto poniendo esa cara que aprendió a poner en la universidad y se sienta a la mesa y habla de lo mal que está el país y de los pobres y de la falta de trabajo. Me da gracia escucharlo

hablar dice don Genaro y hace un mueca con la boca como si fuera a sonreír siempre hablando de lo mismo mientras se sienta a la mesa y destapa alguno de los vinos que le compró su padre y que nunca valen menos de cuatro cortes de pelo como cada uno de esos platos de lechón que traga casi sin respirar pero siempre preocupado por los pobres y lo mal que está todo y la falta de trabajo. Si se hubiera quedado acá dice don Genaro como tu hermano por lo menos nadie se daría cuenta de que es un pobre diablo pero ahora que vuelve de haber estado casi diez años en la ciudad se le nota a la legua que es un badulaque y ya no hay remedio. Años en la gran ciudad sólo para gastar plata y aprender a caminar como un idiota que anda siempre apurado. La madre de Silvio la cara de la madre de Silvio mueve primero la boca los labios de la boca y la lengua y dice que ella piensa exactamente lo mismo así dice la madre de Silvio e*xactamente lo mismo que usted*. Yo pienso exactamente lo mismo que usted dice la madre de Silvio y no hago otra cosa que tratar de convencerlo a Silvito para que se quede acá cuando termine la escuela. Me da terror dice la madre de Silvio que se vaya a la ciudad que es un peligro –por la radio se escucha que hay asaltos y muertos y accidentes– y para colmo su padre que es tan estricto no estaría tranquilo ni un minuto sin saber qué está haciendo con quién anda dónde duerme cuándo estudia qué es lo que come y la vida sería un infierno para mí dice la madre de Silvio y para mi marido. Don Genaro mueve la cabeza en un gesto afirmativo y le hace una mueca a la cara de la madre de Silvio en el espejo y un segundo después y antes de volver a cortarle el pelo se da vuelta para mirarme a mí y veo cómo su boca que es un agujero negro en el medio de su cara fofa y brillosa se abre para decirme que más me vale haber escuchado bien. Más te vale dice don Genaro haber escuchado bien lo que acaba de decir la señora porque ella quiere lo mejor para su hijo. Yo le digo que sí que la escuché muy bien y que conozco a Silvio y sé que cuando llegue el momento de tomar la decisión se va a quedar en el pueblo a trabajar porque Silvio es un chico inteligente y sabe que nada bueno puede esperarle en la gran ciudad. Va a hacer como Juan mi hermano le digo a don Genaro que decidió quedarse a pesar de que en mi casa le insistían para que se fuera y aprovechara la oportunidad pero Juan dijo que no que él prefería quedarse a trabajar y juntó sus ahorros y se compró la camioneta y los conejos y ahí está lo más bien con su

criadero. La cara de la madre de Silvio la boca de la cara de la madre de Silvio primero sonríe feliz y agradecida y un instante después se tuerce para decir Dios te oiga María ojalá Silvito haga como tu hermano y se quede a trabajar acá dice la madre de Silvio porque eso sería un alivio para mi marido y para mí pero sobre todo para mi marido que es tan estricto y no estaría tranquilo sabiendo que Silvito anda por ahí con tanto peligro. Mire un poco usted dice don Genaro hablándole a la cara todavía feliz de la madre de Silvio y señalándome con la mano que tiene el peine si la otra chinita hubiera pensado medianamente así dice don Genaro los dolores de cabeza que se habría evitado. Pero hay que ver dice después de qué cuna se cae uno y mueve despacio la cabeza blanca y brillosa porque hay que ver a quién tuvo uno cerca en su momento para que lo aconsejara. Esta chinita dice don Genaro y por un instante yo no sé si habla de Cecilia o de mí pobrecita nunca tuvo a nadie que le dijera nada y eso tarde o temprano uno lo paga. Yo me acuerdo dice don Genaro y abre los ojos y mira apenas para arriba sobre los espejos como si en algún lugar estuvieran escondidas esas imágenes que no tenía todavía diez años y ya venía sola toda sucia y con la plata en la mano hecha un bollito sin conocer todavía el valor de los billetes mientras el tarambana del padre –que en paz descanse– se pasaba las tardes en el bar jugando a la villa o timbiando sin acordarse siquiera de que tenía una hija. Por eso digo dice don Genaro que hay que ver de qué cuna se cae uno para empezar a hablar porque no es lo mismo esta chica y ahora estoy segura de que habla de mí que viene de una casa bien conformada que esa otra chinita que nunca tuvo a nadie al lado para orientarla. Pobrecita dice la madre de Silvio y mueve la boca y la lengua adentro de la boca frunciendo la frente y lamentándose pobre Cecilia dice la madre de Silvio me acuerdo como si fuera hoy cuando era una nena y andaba todo el día solita por la calle a los pocos días que le habían internado a la mamá dice la madre de Silvio y me acuerdo bien porque mi marido fue a hablar con el padre para decirle que no la descuidara que en ese momento lo necesitaba más que nunca pero el papá de Cecilia no lo quiso escuchar y discutieron y de esa vez no se volvieron a hablar. Me acuerdo como si fuera hoy dice la madre de Silvio y levanta los ojos y busca la cara fofa y brillosa de don Genaro en el espejo y usted no me va a dejar mentir las veces que le dimos de comer en nuestra casa por-

que llegaba pálida con la carita hundida que parecía que se iba a desvanecer. Me acuerdo que Silvito todavía era muy chico cuando ella iba y la miraba comer con los ojos grandes medio asustado porque esa pobre criatura hundía la cara en el plato dice la madre de Silvio como si hiciera días que no probara bocado. Por eso le digo dice don Genaro y mueve la cabeza y abre la boca para tomar aire por eso le digo que uno a veces tiene que contenerse para no discutir. Digamé usted dice don Genaro si yo hubiera logrado algo insistiendo para que lo dejara al Quiroguita ese o como me llegó a decir la señora de Bruna que yo debía quitarle el trabajo si no se separaba de ese muchachito digamé usted y baja la vista y busca los ojos de la cara de la madre de Silvio en el espejo si yo hubiera podido hacerla entrar en razón cuando nunca jamás tuvo a nadie que la hiciera entrar en razón ni la aconsejara ni le hablara para explicarle cómo son las cosas o le dijera lo peligroso que puede llegar a ser rodearse de cierto tipo de gente. Digamé un poco usted dice don Genaro y la madre de Silvio la cara de la madre de Silvio asiente en el espejo preocupada frunciendo ella también la frente pero sin hablar o mejor dicho con la intención de hablar porque abre la boca y mueve los labios y la lengua y está por decir algo cuando don Genaro da otro tijeretazo y casi al mismo tiempo dice qué otra cosa hubiera podido hacer más que decirle que era una mala decisión la de irse a vivir con el Quiroguita ese. La verdad dice la madre de Silvio ahora que puede hablar yo creo que usted hizo todo lo que podía hacer y mueve la mano en parte tapada por el delantal usted hizo todo lo que podía vuelve a decir *lo humanamente posible* y don Genaro sube y baja la cabeza como si estuviera asintiendo pero no para la madre de Silvio sino para él.Yo creo que sí dice don Genaro y las palabras y la voz de don Genaro se confunden con la música de la campanita que suena justo arriba de la puerta que da a la calle cuando la puerta se abre y aparece en el hueco haciendo sonar la campanita y confundiendo la música con la voz y las palabras de don Genaro la figura escuálida de Cecilia.

Nació en la ciudad de San Francisco, Provincia de Córdoba. Se recibió de profesor en Letras Modernas por la Universidad Nacional de Córdoba. Desde sus primeras intervenciones literarias, se convirtió en un referente literario de su generación. Su libro de cuentos Los invitados lo consagró a nivel nacional como una de las voces de su generación. Integró la antología prologada por Guillermo Saccomano, La joven guardia. En 2
el Primer Premio en el Concurso Provincial "Daniel Moyano" con su novela La sed. Tras fundar la revista literaria La Rana, donde comenzó publicando algunos de sus trabajos de crítica literaria, Arias se radicó en Buenos Aires donde trabaja en el suplemento literario del diario Perfil.

Ejemplar de distribución gratuita. Prohibida su venta.

Ejemplar de distribución gratuita. Prohibida su venta.

Ministerio de Educación
Presidencia de la Nación

200 AÑOS
BICENTENARIO
ARGENTINO

LECTURA PARA TOD@S

PLAN NACIONAL DE LECTURA
PROGRAMA EDUCATIVO NACIONAL
PARA EL MEJORAMIENTO DE LA LECTURA

UNIVERSIDAD
NACIONAL DE
VILLA MARIA

eduvim